

mandó decir es: Ya he resucitado para subir á mi Padre, y á vuestro Padre; á mi Dios, y á vuestro Dios; mi Padre por la generacion eterna, y vuestro por la adopcion graciosa; y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la union de caridad (1). Ó amantísimo Jesús, gracias os doy cuantas puedo, por este favor tan grande que nos haceis, en darnos á vuestro Padre por nuestro Padre, y á vuestro Dios por nuestro Dios. Ó alma mia, si tienes tal Padre, ¿qué mas quieres? y si tienes tal Dios, ¿qué mas buscas? Ó Padre mio, mostraos ser mi Padre, haciéndome digno hijo vuestro. Ó Dios mio, mostraos ser mi Dios, haciéndome un espíritu con Vos por union de perfecta caridad. Amen.

MEDITACION V.

DE LA APARICION Á LAS DEMÁS MUJERES CON LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO. — Partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó á sus compañeras en el camino, y tratando con ellas lo que habia sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver á su Maestro, el cual atendiendo á este deseo, y al fervor con que habian madrugado, las salió al encuentro, y las dijo: *Dios os salve* (2). Aquí se ha de ponderar el cuidado grande que tiene Cristo nuestro Señor en premiar los trabajos y vigiliias de los suyos, aunque dilata la visita hasta que se hagan mas dignos de ella, para que les entre mas en provecho: aprendiendo de aquí á no desistir de mi pretension por ninguna dilacion. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo nuestro Señor, por la cual no repara en nuestras imperfecciones, cuando con sana y fervorosa intencion deseamos agradarle, como sucedió á estas mujeres, las cuales con falta de fe fueron á ungrle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando á esta intencion, quiso consolarlas. ¡Oh qué contentas y alegres quedaron con su vista, y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados! porque con aquella palabra *Avete*, que quiere decir, Dios os salve, ó gozaos y alegraos, quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima, porque la palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual habia usado san Gabriel, cuando anunció á la Virgen la encarnacion, para confirmar lo que el Angel habia dicho, anunciándolas, que por su resurreccion se les

(1) Ciprian. Serm. de Ascens. — (2) Matth. xxviii, 9.

quitaria la maldicion de las culpas que por una de ellas todos incurrimos. Ó Salvador mio, ven á mi alma y á sus potencias, y dílas *Avete*, Dios os salve, porque con tu palabra todas quedarán llenas de la bendicion y gozo que nos has ganado con tu gloriosa resurreccion.

PUNTO SEGUNDO. — 1. En viendo las mujeres á Cristo nuestro Señor, luego se acercaron: *Et tenuerunt pedes ejus, et adoraverunt eum. Abrazaron sus piés, y le adoraron* (1); no se arrojaron precipitadamente á esto, como la Magdalena se arrojó la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron á él, y le adoraron, y dándole licencia, tomaron sus piés sacratísimos, y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando tambien los piés de Cristo. ¡Oh qué dulzura sentirian en este tocamiento, besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habian procurado ungr! Ellas vinieron al sepulcro para ungr á Cristo, pero Cristo las ungió con la uncion de que él estaba ungió (2), que era con óleo de alegría, y con la devocion del divino espíritu que derramó sobre ellas.

2. A imitacion de estas santas mujeres, que como cuenta san Marcos fueron tres las principales, tengo de procurar, que las tres potencias de mi alma se ocupen en ungr á Cristo nuestro Señor: la memoria con santos pensamientos; el entendimiento con pias meditaciones; la voluntad con fervorosos afectos. Comprando estas unciones del que dijo: *Venid, y comprad sin plata, y sin conmutacion alguna, porque nos da de gracia el precio con que las compramos* (3); con cuyo favor he de ofrecerle por precio muchos ejercicios de mortificacion, suplicándole me dé estas especies aromáticas con que ungrle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno. Ó Cristo Jesús, ungió por tu eterno Padre con óleo de alegría sobre tus compañeros, poca necesidad tienes de ser ungió con unciones tan viles como las mias; pero es tan grande tu caridad, que tienes por óleo y uncion de alegría tuya verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de alabanza y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungrte con ellas. Pero tú, Señor, que previenes á los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias; dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas unge mi

(1) Matth. xxviii, 9. — (2) Psalm. XLIV, 8. — (3) Isai. lv, 1.

corazon con la gracia de tu divino espíritu, para que siempre se ocupe en tu amor y servicio. Amen.

PUNTO TERCERO. — 1. *Luego las dijo el Señor: No querais temer, id, y decid á mis hermanos, que vayan á Galilea, que allí me verán.* En este recado se ve, como es propio del espíritu de Dios, conformarse con el espíritu de los Ángeles y de sus ministros, diciendo lo mismo que ellos, y confirmando lo que ellos han dicho, pero con mayores muestras de amor. Los Ángeles dijeron: Decid á sus discípulos que se vayan á Galilea; Cristo nuestro Señor dijo: Decid á mis hermanos; y el que no llamó á los Ángeles sus hermanos, llama así á los hombres, en señal de amor más tierno y dulce, por razon del parentesco y semejanza en la humana naturaleza. Ó amantísimo Jesús, ¡cuán dulce es para mis oídos esta palabra que sale de tu boca: decid á mis hermanos! Nunca me canso de oirla, aunque la repitas muchas veces. Dímelas, Señor, al corazon, y dame á sentir el espíritu que tienes puesto en ella, para que alcance la semejanza de vida que de tal hermandad procede.

2. También se ha de ponderar la causa por que Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles, como antes también lo habían dicho los Ángeles, que fuesen á Galilea y allí le verían, supuesto que aquel mismo día pensaba verlos en Judea y en Jerusalem, donde entonces estaban. La causa fué, porque aquel lugar de Judea estaba muy inquieto y turbado, y ellos estaban allí llenos de turbacion y miedo. Y así para que gozasen de su presencia más á su gusto, les mandó ir á Galilea, donde habria más quietud. Dándonos á entender, que aunque de paso nos visita Dios en medio de los tráfigos y turbaciones del mundo, pero gusta que busquemos lugar quieto donde podamos verle despacio, y conversar con él en la oracion y contemplacion (1). Y el nombre de Galilea significa algo de esto, porque quiere decir transmigracion, y los que han de ver y gozar de Cristo resucitado, hanse de traspasar y mudar del vicio á la virtud, de la vida ancha á la estrecha, de la inquietud á la quietud, de la tibieza al fervor, y de la imperfeccion á la perfeccion. Ó dulcísimo Jesús, pues tan amigo eres de Galilea, múdame tú, y traspásame con esta mudanza que tanto te agrada, para que sea digno de verte por la contemplacion en esta vida, y despues me traspase de ella á la otra, donde te vea faz á faz por toda la eternidad. Amen.

(1) D. Greg. hom. 21 in Evang.

MEDITACION VI.

DE LA APARICION Á SAN PEDRO, Y DE LO QUE SUCEDIÓ ANTES DE ELLA.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Llegando las mujeres donde estaban los discípulos, como dice san Marcos (1), tristes y llorosos, dándoles el recado de los Ángeles, no las dieron crédito, antes, como dice san Lucas, visa sunt ante illos, sicut deliramenta, verba ista, parecieronles desvarios y sueños las palabras que les decian (2); y aun cuando despues les dijo la Magdalena que le habia visto, tampoco la creyeron (3).* En lo cual se representa, cuán dificultoso y heróico es el acto de fe, que nos levanta á creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos los hombres á lo mucho que Dios hace por nosotros, pagándolo con incredulidad, y con tenerlo por desvario, siendo más desvario no creerlo como Dios lo ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo nuestro Señor á sus discípulos que habia de ser crucificado, y que al tercer día resucitaria; y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los Ángeles, y las señas tan ciertas de que se fuesen á Galilea, donde le verían como él se lo habia dicho la noche de la cena; con todo eso no lo creyeron, teniendo por desvario pensar que un hombre muerto en cruz, desangrado y llagado por tantas partes, hubiese resucitado; olvidándose de la revelacion y de la resurreccion de Lázaro, y de otros milagros que su Maestro habia hecho. Ó Maestro soberano, con mucho gusto cautivo mi entendimiento en servicio de la fe, y niego todos mis sentidos, por creer lo que tú revelas; y estoy cierto que esta carne y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar á resucitar (4), y en ellos espero de ver á tí, mi Dios y mi Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido.

2. De aquí tengo de sacar huir de dos extremos. Uno, de los que ligeramente creen á cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvarios y sueños, ó antojos de su imaginacion. Otro, de los muy duros en creer, y que todo lo tienen por desvario; lo cual es grande yerro, pues aunque sean mujeres y gente idiota, por su devocion y fervor suelen ser dignas de tener verdaderas apariciones de Ángeles, y del Señor de los Ángeles, como se ve en el caso presente; y deben ser creidas,

(1) Marc. xvi, 10.—(2) Luc. xxiv, 11.—(3) Marc. xvi, 11.—(4) Job, xix, 25.

especialmente cuando son en confirmacion de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvario de la imaginacion á la revelacion de Dios, que llamar revelacion de Dios al desvario de la imaginacion.

PUNTO SEGUNDO.—1. Entre los discípulos, los dos mas fervorosos, que se señalaron mas en el amor de Cristo nuestro Señor, es á saber, *Pedro y Juan, se resolvieron de ir al monumento, y ver por vista de ojos lo que las mujeres decian; y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario con que se cubrió la cabeza* (1), lo cual era cierta señal de que el cuerpo no habia sido hurtado, sino que habia resucitado, y creyeron lo que las mujeres les habian dicho. Aquí se ha de ponderar como estos dos discípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvario la revelacion que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella; porque propio es de los fervorosos discretos hacer diligencias para enterarse bien en las cosas de Dios, y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estós dos Apóstoles la persecucion que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habian puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir á ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les aparecieron Ángeles como á las mujeres; quizá fué la causa, porque no era menester, pues por el dicho de ellas, y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí cogidas, creyeron que Cristo habia resucitado, acordándose con esta ocasion de las palabras que su Maestro les habia dicho. Por donde se ve que las visiones de los Ángeles no son indicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden á los que tienen virtud mas tierna y flaca.

2. Tambien consideraré como por estos dos apóstoles Pedro y Juan son figuradas las virtudes principales con que hemos de buscar á Cristo nuestro Señor, que son fe y caridad; la fe descubre las verdades, y entra como san Pedro primero en el sepulcro, y luego entra el amor como entró san Juan, y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe, y se perfecciona el conocimiento de ella. Y tambien son figuradas las dos vidas activa y contemplativa, que nos llevan á Cristo: la activa entra primero disponiendo, y la contemplativa poseyendo y gozando. Ó amantísimo Jesús, esclarece mi fe y enciende mi caridad, para que pospuesto todo temor humano, te busque, y entre á donde quiera que puedo hallarte; perfeccióname con

(1) Joan. xx, 3.

los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud, para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa; y por medio de ellos entre en lo escondido de tu rostro para verte, y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria.

—El misterio de haber dejado Cristo nuestro Señor las mortajas en el sepulcro, se declaró al fin de la meditacion II.—

PUNTO TERCERO.—1. Volviéndose san Pedro y san Juan á su posada, san Pedro se retiró aparte, rumiando lo que habia visto, y como dice san Lucas: *Mirans secum quod factum fuerat: admirándose consigo mismo y á sus solas de lo que habia sucedido* (1); y estando así se le apareció Cristo nuestro Señor, como se saca de aquellas palabras que refiere el mismo san Lucas, que decian los Apóstoles: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni*. Aquí se ha de ponderar: —Lo primero, como san Pedro se hizo digno de esta aparicion, disponiéndose para ella con la diligencia de ir al sepulcro, y con la meditacion que tuvo dentro de sí de lo que habia visto. Y aunque san Juan fué con él al sepulcro, con todo eso no se le apareció Cristo nuestro Señor, para que se vea como muchas veces se hacen mayores favores á los pecadores bien arrepentidos, que á los justos que no pecaron, para consolarlos y alentarlos, como se declara en la parábola del hijo pródigo (2); y así no sin causa el primer varon y la primera mujer de los que cuentan los Evangelistas, á quien Cristo se apareció, fueron pecadores, porque *donde abundó el delito, abundó mucho mas la gracia* (3). Con lo cual me alentaré á confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oracion y fervor de la vida, para recibir sus dones, pues por él no quedará.

2. Lo segundo, ponderaré la vergüenza que tendria san Pedro de verse delante de su Maestro, acordándose que le habia negado; y es de creer se arrojaría á sus piés llorando amargamente su pecado, y pidiéndole perdon de él. Pero Cristo nuestro Señor sin duda le consoló y aseguró del perdon, y le llenó de alegría. ¡Oh qué palabras tan tiernas le diría, y qué avisos tan saludables le daría! Podemos imaginar que le dijo: Paz sea contigo, no temas; yo soy, perdonados te son tus pecados, confirma á tus hermanos. ¡Oh qué gozoso quedaria el santo Apóstol con la vista y palabra de su Maestro! ¡cuán confirmado en la fe, y cuán encendido en el amor! Ó dulce Jesús, ¡cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazon lloran sus pecados!

(1) Luc. xxiv, 12. — (2) Luc. xv, 26. — Rom. v, 20.

Sin duda recibierades á Judas, y le aparecierades resucitado como á Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagais digno de vuestra soberana aparicion en el reino de la gloria.

3. Últimamente, ponderaré como san Pedro con gran gozo se partió á donde estaban sus compañeros, para confirmarlos en la fe, como Cristo nuestro Señor se lo habia encargado, y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: *Surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni*: resucitado ha el Señor verdaderamente, y aparecido á Simon, como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento ó apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció á Magdalena, ó á otras mujeres, sino porque se apareció á Simon, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, á imitacion de este Apóstol, ser agradecido á las mercedes que recibiere de nuestro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar á mis hermanos en la virtud, y tanto mas tengo de hacer esto, cuanto mayores partes tuviere para persuadir y ser creido. Ó glorioso Apóstol, con mucha razon os llamais Simon, que quiere decir obediente, pues tan obediente sois á la voz de vuestro Maestro en cumplir todo lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza, como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros discípulos, cuya cabeza habeis de ser. Confirmad tambien mi flaqueza, y perfeccionad mi corta obediencia, para que crea con gran firmeza lo que creísteis, y obedezca con gran fervor á mi Señor, como Vos le obedecísteis.

MEDITACION VII.

DE LA APARICION Á LOS DOS DISCÍPULOS QUE IBAN Á EMAÚS.

PUNTO PRIMERO. — 1. *Dos discípulos habiendo oido lo que las mujeres habian dicho, salieron á un lugar llamado Emaús, hablando entre sí por el camino de las cosas que habian sucedido; y acercándose á ellos Cristo nuestro Señor, en forma de caminante, caminaba con ellos, sin que le conociesen* (1).—Lo primero, ponderaré la causa de salirse en esta ocasion de Jerusalem estos dos discípulos, la cual fué por alejarse del lugar que tenian por peligroso, y por tomar algun alivio en aquel lugar de Emaús, de donde era natural uno de ellos. Pero

(1) Luc. xxiv, 13; D. Thom. 3 p. q. 53, art. 4.

la causa mística fué para que entendamos como la pasion del miedo y tristeza suele ser ocasion de salirse el alma de Jerusalem, que quiere decir vision de paz, y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algun alivio corporal, y algun regalo de carne, en medio de deudos carnales, ó personas mundanas, figuradas por Emaús, que quiere decir pueblo despreciado, ó temeroso consejo, tomando en esto consejo muy errado, pues pongo á riesgo el consuelo divino por buscar el terreno. Y así he de procurar no rendirme á esta pasion, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré á perderme por su causa.

2. Lo segundo, ponderaré las causas por que Cristo nuestro Señor se dignó de aparecerles en este camino. La primera fué, la compasion que tuvo de ellos, deseando, como buen Pastor, recoger á estas dos ovejas que iban descarriadas, y volverlas al rebaño de las otras, para que entendamos como no descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia á nuestra mayor necesidad, y siguiendo por detrás los pasos del que se va alejando de él, hasta que le da un alcance. ¡Oh bendito sea tan buen Pastor, que así cuida de su ganado! Bien se echa de ver, Señor, que habeis puesto por él la vida, y le habeis rescatado con vuestra sangre, pues tanto cuidado poneis en recogerle al aprisco de vuestra Iglesia, para de allí llevarle al aprisco de vuestra gloria.—La segunda causa fué, porque iban afligidos y desconsolados, y es muy propio de Cristo nuestro Señor asistir con los tales para moderar su tristeza, y darles algun alivio en ella, segun lo que dice por David: *Con él estoy en la tribulacion* (1). Ó alma mia, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarias en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida á trueque de estar tan bien acompañada.

3. La tercera causa fué, porque iban hablando cosas buenas, y gusta Cristo nuestro Señor de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas, y así dijo: *Donde quiera que estuvieren dos ó tres juntos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (2). De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios en todo lugar, y entretenerse en semejantes pláticas con sus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude Cristo á ellas para consolarlos; y al contrario cuán malo es hablar

(1) Psalm. xc, 15. — (2) Matth. xviii, 20.